

LA VIDA ESCONDIDA DE RUFINO J. CUERVO

Discurso pronunciado por el R. P. Félix Restrepo S. J. en la sesión solemne con que la Academia Colombiana celebró el centenario del nacimiento de Rufino J. Cuervo.

Excelentísimo señor presidente de la república, señores académicos, señoras y señores:

Cada nación tiene sus especiales motivos de orgullo patriótico, unas más, otras menos, todas suficientes para que sus hijos amen y admiren a la patria. Colombia no ha sido de las menos favorecidas en este concurso de providenciales dones. Colocada en el centro de los caminos del mundo; con costas en los dos océanos; con altas montañas donde se despliegan en los más diversos climas todas las maravillas del trópico y de donde se descuelgan torrentes impetuosos que son fuente inagotable de poesía, de fecundidad y de fuerza; con una de las floras más variadas y ricas del mundo que en el caucho, la quina y el café adquiere timbres de mundial importancia; con una variedad de animales silvestres, de insectos multicolores, de extraños peces y de parleras aves que son el encanto del naturalista; con ricas minas de plata y oro, de esmeraldas y platino; con yacimientos de sal que podrían surtir del precioso elemento a un continente; con bellezas naturales incomparables como las sierras nevadas, los saltos de Tequendama y Guadalupe, los abismos del Suárez y del Guáitara; con ríos navegables como el Magdalena, el Orinoco, el gran Amazonas y sus gigantescos afluentes; con emporios agrícolas de clima ideal y de fecundidad prodigiosa en diversas alturas como el Sinú, el valle del Cauca, el Quindío, las sabanas de Bogotá y Cundinamarca, y sobre todo con una raza sobria, fuerte, emprendedora y pacífica, que en ese gran marco de riquezas y bellezas naturales ha sabido desarrollar una cultura propia, cuyos mejores exponentes son sus treinta o más ciudades, bellas todas y prósperas en toda la extensión del territorio patrio, sus industrias que proporcionando honroso trabajo al obrero y ganancia halagado-

ra al capital, están poniendo al alcance de todos comodidades que, por exóticas, eran antes privilegio de muy pocos, sus colegios y universidades que atraen a las juventudes de pueblos vecinos y aun de pueblos remotos, sus instituciones sabias, sus publicaciones científicas que no tienen rival en la América hispana, con todos estos títulos de riqueza, de orden, de estabilidad y de cultura, Colombia es una de las realizaciones mejor logradas de la raza nuestra y una de las más fundadas esperanzas de su porvenir.

Suele discutirse si para el bienestar de un pueblo es más eficaz una mediana cultura ampliamente difundida o la presencia de unas cuantas cumbres de virtud y ciencia en cierto modo inaccesibles, pero que orienten y estimulen la vida nacional. En los pueblos anglosajones se destacan menos las altas cumbres y es muy alto y parejo el nivel de la cultura general. En los pueblos latinos los altibajos en la cordillera que puede simbolizar su cultura son muy bruscos, no es muy alto el nivel medio de ella, pero en cambio sus figuras eminentes se destacan espléndidamente y atraen las miradas de propios y extraños. En todos los sectores de la actividad humana ha tenido Colombia hijos ilustres, dignos de figurar en la galería universal de los más altos valores humanos. Uno de esos próceres de la cultura, uno de esos hijos que honrarían a cualquier pueblo, es el que hoy recordamos con ocasión del primer centenario de su nacimiento: Rufino José Cuervo. A él deben hoy volverse las miradas de los colombianos para que vean cómo se ama a la patria, cómo se sirve a la ciencia y cómo se aprovecha bien el divino dón de la vida.

* * *

El 19 de setiembre de 1844 nació en esta Atenas suramericana Rufino José Cuervo, y fue bautizado al día siguiente en la capilla del palacio arzobispal por el señor arzobispo Manuel José Mosquera. Los más diversos linajes de la península española confluyen en este vástago ilustre de la raza. Su bisabuelo, don Isidro Cuervo, era gallego, oriundo del Ferrol; y otro ascendiente de su padre, Esteban Barreto, portugués. Por el lado materno, sus abuelos eran Urisarri y Elis-

puro, de Vizcaya; Tordesillas y Torrijos, de Castilla. Parecía, pues, el recién nacido predestinado para una obra grande en pro de la unidad de nuestra gente.

La tradición de su familia, trasplantada ya a esta Nueva Granada, lo señalaba para una intensa vida religiosa, y para el trabajo paciente y constante propio de la investigación científica.

Fray Mateo Miguel Cuervo, religioso de san Agustín en Bogotá, murió siendo provincial de su orden. Don Nicolás Cuervo, sacerdote ilustre, educado por los jesuitas en los claustros coloniales de san Bartolomé, fue en su colegio profesor de varias cátedras; expulsados inicuaente sus maestros por el despotismo de Carlos III, llegó a ser rector de los ilustres claustros de Lobo Guerrero; firmó el acta de la independencia y como provisor y gobernador del arzobispado prestó grandes servicios al gobierno republicano, destruyendo las preocupaciones que los realistas sembraban contra la causa americana.

También era sacerdote José Romualdo Cuervo, y estudiante también de san Bartolomé, ya en tiempos de la independencia. Se ordenó en 1828. Fue gran explorador de nuestras bellezas naturales. Recorrió los territorios de Andaquí, Carare, Casanare, Orinoco y San Martín y fue uno de los primeros que descendió al abismo del salto de Tequendama y se paseó alrededor de la temerosa oquedad formada en la roca por el golpe incesante de las aguas. Aficionado a las ciencias naturales, conservaba en su casa un verdadero jardín botánico y un gran acopio de objetos raros y curiosos que pasaron casi todos a nuestro museo nacional. Pudo el Padre José Romualdo coronar sus estudios gracias a la protección de su tío, el Padre Pedro Cuervo de la Trinidad, agustino recoleto, docto escritor, predicador y continuador de las misiones de los jesuitas en Casanare.

Rufino Cuervo, el padre de nuestro sabio, descolló como pocos en el escenario de la patria en la primera mitad del siglo XIX. Amigo y partidario del general Santander, estuvo vinculado estrechamente a su gobierno. Hombre de pro-

funda fe y de costumbres ejemplares, fecundo escritor y hábil polemista, defendió a la Iglesia en ocasiones decisivas. Periodista de vocación, fundó varios periódicos y colaboró asiduamente en otros. Fue rector de la Universidad de Colombia, gobernador de Bogotá, encargado de negocios en Quito en época muy difícil. A él se debe el que nuestro actual departamento de Nariño sea hoy parte de Colombia y no del Ecuador. Llegó a ser ministro de hacienda y ejerció como vicepresidente el poder supremo en ausencia del general Mosquera. Rufino Cuervo fue uno de los protagonistas en la evolución de nuestros partidos políticos. Se disputó con José Hilario López y con Gori la presidencia de la República en el luctuoso 7 de marzo de 1849, y habría salido presidente, si la legalidad no hubiera sido mortalmente herida por los puñales de los amotinados.

Los hijos de don Rufino dejaron huella benéfica en la historia de nuestra cultura. Luis María, el mayor, se educó en Inglaterra; hizo cuantiosa fortuna que puso al servicio del gobierno legítimo de don Mariano Ospina; fue notable educador y publicista y miembro del gran consejo Universitario, y vinculó su nombre a muchas obras de progreso de la capital. Antonio B. se graduó de doctor en derecho, dirigió varios colegios y por último se consagró a la milicia en defensa de la legitimidad. En 1876 comandó el ejército conservador del Tolima. Habiendo sido representante a la cámara, gobernador del Tolima y de Cundinamarca, ministro de guerra y de gobierno, murió encargado del poder ejecutivo. Nos dejó una geografía muy completa de la Nueva Granada y los 4 volúmenes de Documentos inéditos, recopilados en España y publicados por orden del gobierno nacional, tan apreciados por nuestros historiadores. Angel Cuervo era el *alter ego* de Rufino José y su compañero y colaborador inseparable. Fue primero comerciante, militar después, y luego se retiró a la vida del trabajo y del estudio. Fecundo escritor, dejó muchas obras literarias publicadas y otras tantas inéditas.

* * *

Sobre los años de la niñez de Cuervo el filólogo, tenemos interesantes noticias en un capítulo de la biografía de su padre, escrita por aquel, en colaboración con su hermano Angel, capítulo titulado *Recuerdos íntimos*. Oíd un fragmento, que os pondrá en el ambiente cristiano y santafereño en que creció el maestro, y os servirá además para conocer su estilo tan castizo y tan flúido:

“Cuando fueron expulsados los jesuítas (en cuyo colegio se educaban dos de nosotros), y los colegios públicos cayeron en increíble postración, resolvió dirigir él mismo en la casa nuestros estudios y para el efecto encargó a Europa los elementos necesarios. Mientras que perfecciona a Antonio en la jurisprudencia, enseña a Rufino los elementos de la geografía y gramática y da lecciones de historia y literatura a Angel y Nicolás... Era tal la atmósfera de estudio y aplicación que había en la casa, que los criados en sus horas de descanso aprendían a leer, o a escribir y contar, siendo nosotros los maestros...

“A las seis de la mañana estaba ya en pie aguardando que comenzásemos a estudiar, y sin perder de vista a los pequeños, despachaba la correspondencia con su amanuense o escribía para la imprenta.

“Únicamente acompañaba a la familia en la comida, que precisamente se ponía a las dos, a la cual habíamos de hallarnos todos mudados y con la compostura debida; allí nos inculcaba, sin que cayésemos en la cuenta, el modo de conducirse en la mesa la gente culta, y nos enseñaba con su jovialidad el modo de mantener la alegría entre los concurrentes, por más que tengamos el alma asaeteada por los pesares de la vida. Aun en los días de más amargura, al entrar al comedor su semblante se despejaba, y no se oía en la mesa nada que no fuese agradable, ni cosa que no contribuyese a aumentar en nosotros la consideración y el respeto a nuestra madre...

“Cuando en 1830 empleó el doctor Cuervo parte de su capital en las tierras llamadas de Boyero, en la Sabana de Bogotá —prosigue la citada biografía—, fantaseó dedicarse

él mismo a cultivarlas, con el pensamiento de ser institutor de sus hijos y enseñarles a ganar el pan lejos de los azares y vaivenes de la política; pero ya que su profesión y la nombradía que iba adquiriendo le impidieron realizar tan poético ensueño, conservó el terreno como finca que acrecentaría su caudal, y como refugio para las peripecias de la vida pública...

“El día que se bendijo la casa, celebró en el oratorio con gran fiesta el ilustrísimo arzobispo Mosquera, y después lo hicieron y lo han hecho los ilustrísimos Torres, obispo de Cartagena, y Riaño, de Antioquia; el R. P. Manuel Gil, superior de la Compañía de Jesús, y otros sacerdotes parientes y amigos que después han ocupado puestos no menos elevados...

“En los meses de diciembre y enero, en que el cielo es tan diáfano y azul en las partes altas del centro de la república, no se desocupaba la casa de los amigos invitados y de las señoras que iban a acompañar a nuestra madre, y todos disfrutaban de los placeres del campo al abrigo de la confianza y de una agasajadora hospitalidad. Los últimos días del año, tan deseados por las familias antiguas de Bogotá, eran particularmente animados: entonces armábamos el nacimiento que nuestro padre había hecho labrar en Quito, de marfil vegetal, y en que, a vueltas de las imágenes religiosas, menudeaban otras satíricas o caricaturescas llenas de soltura y originalidad; para adornarlo íbamos a los cerros más cercanos en busca de musgos, líquenes y otras plantas curiosas, y con frecuencia él mismo nos dirigía en la colocación de las figuras y en el arreglo de los pormenores, para que el conjunto quedase más artístico. Al mismo tiempo nuestra madre hacía todos aquellos manjares que conforme a la tradición de sus mayores eran de ordenanza en esos mismos días: allí las empanadas crecidas y doradas, las hojaldres, los buñuelos en todas sus formas de pestiños, hojuelas, rosquillas y quién sabe cuántas más, nadando en clarísimo almíbar y engalanados con la flor de la borraja; el guarrús, el masato y la aloja que formaban el refresco, acompañados de bizco-

chuelos y variada abundancia de colación. Muchas veces después de deshornar y cuando se nos iban los ojos tras de esta tentadora profusión, nos recordaba nuestra madre que en los días amargos para las familias españolas que siguieron a la batalla de Boyacá, emigrado nuestro abuelo y sus propiedades abandonadas y sin producir nada, por algún tiempo no subsistieron en la casa sino de la humilde ganancia que sacaban de hacer colación y enviarla a vender en las calles por sus criadas...

“Aunque no íbamos a Boyero sino en las vacaciones, no eran éstas tan absolutas que no tuviéramos nuestros ratos de estudio, pero no ya en los libros que nos habían abrumado durante el año escolar, sino en los de la biblioteca de la casa, que eran todos de buenas letras y de agricultura. Reunidos a ciertas horas del día, tomaba cada uno su libro, y acabada la lectura, daba ingenuamente su opinión sobre lo que había leído, corrigiendo nuestro padre o afirmando nuestras apreciaciones... A otras horas bajábamos a las huertas a poner en planta lo que habíamos leído sobre agricultura, y sobre todo a cuidar las flores, de que él era apasionado. En estas faenas nos acompañaban a veces personas que estaban de visita, y por muchos años conservamos con respetuoso esmero injertos hechos por don José Manuel Restrepo, el historiador de Colombia...

“Por la noche, después de tomado el chocolate, la familia, con todos los criados y dependientes de la casa, se reunía en el oratorio a rezar el rosario... En seguida nuestra madre hacía recitar a los criados parte de la doctrina cristiana, acompañándola de algunas explicaciones. El tiempo que quedaba lo ocupábamos o en juegos de familia o en la lectura de una obra amena. De ordinario escogía nuestro padre un capítulo del Quijote o bien del Gil Blas de Santillana, dando la preferencia a aquellos pasajes que más enseñan a conocer el mundo y previenen contra los lazos y peligros a que están expuestos los jóvenes al salir a la vida...”.

Así trascurrió la infancia del más eminente de los sabios de Colombia; pero este idilio se rompió muy pronto por

la muerte del padre de familia. Nueve años tenía nuestro Rufino cuando quedó huérfano. Vueltos los jesuitas al país en 1858 fue Cuervo su discípulo en unión de Miguel Antonio Caro; a ellos debieron ambos en gran parte el profundo conocimiento de la lengua latina y la afición a los estudios clásicos.

* * *

La revolución de 1860 arruinó a la familia, pero dio ocasión para que se revelara en todos sus quilates el carácter de los hermanos, Angel y Rufino José. Ya este había emprendido el estudio a fondo de la literatura española y tuvo que ponerse a trabajar duramente sin interrumpir por eso sus lecturas.

El mismo nos cuenta, en la *Noticia Biográfica* de su hermano Angel que forma el prólogo de la obra *Cómo se evapora un ejército*, las luchas de aquellos años. Ahí vemos y sentimos el durísimo terreno en que nuestro gran filólogo tuvo que labrar, no su fortuna, sino su independencia económica para poder dedicarse del todo al cultivo de la ciencia.

Algunos días no podía ni siquiera salir de casa por falta de ropa decente; en su hogar no había más dinero que el mísero producto de la venta de algunas botellas de vinagre que su madre preparaba. Entonces Angel y Rufino tuvieron una idea. La industria de cerveza es hoy una de las principales fuentes de riqueza de Colombia. No deben olvidar sus afortunados empresarios quién dio los primeros vacilantes pasos en ese camino. Nada menos que el príncipe de nuestros filólogos, Rufino José Cuervo, en compañía de su hermano Angel. Ni ellos ni nadie sabían entonces nada en Bogotá de semejante industria; consiguieron unos libros y empezaron a hacer tanteos. "Salía bien una operación, escribe el mismo don Rufino, se ponía el artículo en venta, gustaba y cuando se pensaba que la siguiente sería igual, resultaba mala la fermentación en las botellas, y era preciso recoger la cerveza de noche y tapada en los establecimientos que la habían aceptado, y al mismo tiempo hacer comprar en otras partes de la buena que quedaba para no perder los otros pa-

roquianos". Aquí de las mezclas, de los repetidos ensayos para buscar el punto de los caldos, apuntando los resultados cuidadosamente día por día. La escasez de recursos no les permitía tener los más indispensables empleados ni obreros suficientes. El mismo don Rufino dejaba a un lado sus libros y sus papeletas y se ponía a lavar botellas y barriles al lado de su hermano Angel, encogiéndose estoicamente de hombros cuando algún personaje los señalaba diciendo: "Vean en lo que han parado los hijos del doctor Cuervo". Por fin, al cabo de varios años, los resultados fueron constantes y satisfactorios. Y vino entonces la lucha para conseguir clientela en aquella incipiente Bogotá, pacata y rutinaria, y sobre todo para conseguir que los clientes pagaran.

Cuántas veces uno u otro de los heroicos hermanos tenía que hacer antesala en una fonda o en la entrada de un hotel junto con los vendedores de la plaza, para que al cabo de las horas el dueño saliera rozagante en su lujosa bata y les dijera: "Ustedes se volverán por aquí mañana u otro día porque hoy no me es posible contentarlos".

Ésta fue la ruda escuela de la adversidad. Este fue el duro yunque del trabajo en que se forjó el carácter del más ilustre de los sabios de Colombia.

Y aquí me viene a la memoria una curiosa anécdota que los dos hermanos quisieron conservar al frente de la biografía de su padre.

Por los años de 1852 iba a dar lecciones a los hijos del doctor Cuervo, M. Bergeron, profesor de matemáticas en el colegio militar y empedernido hipnotizador y buscador de tesoros. Un jovencito, pariente y condiscípulo de nuestros protagonistas, resultó con especiales condiciones de sonámbulo, y el audaz profesor le hacía decir y hacer cosas maravillosas. Un día el sonámbulo anunció que en una pieza baja de la casa había enterrado un tesoro, y dio todas las señales necesarias para localizarlo. Nuestros estudiantes pusieron con el mayor sigilo manos a la obra de extraerlo. Tan pronto como se recogían los mayores, ellos cavaban y cavaban y creían ir encontrando todas las señales dichas. Mas he aquí que por

fin el doctor Cuervo cayó en la cuenta de la hazaña que sus hijos iban realizando y con severo continente los reunió a la orilla de la ya profunda fosa y les dijo con solemnidad: “Hijos míos, este hoyo se va a cegar inmediatamente. Ustedes no deben buscar más tesoro que su propio trabajo”.

“Corriendo los años, y son palabras de los agradecidos hijos, el caudal que él había dejado se desvaneció casi todo con las revoluciones, y obligados a luchar reciamente para buscar la vida, establecimos en la casa paterna una fábrica de cerveza, cuyos almacenes vinieron a quedar impensadamente en el cuarto donde habíamos cavado aquel hoyo. Cuando prosperó el negocio, recordamos las palabras de nuestro padre y vimos el premio que nos daba la Providencia por haber seguido su consejo”.

* * *

Con el duro trabajo de la fábrica alternaban las más sutiles investigaciones.

Antes de cumplir 20 años había trazado, en unión con don Venancio González Manrique, el plan de un diccionario completo de la lengua castellana, por el estilo del inglés de Webster o del francés de Littré. Como muestra de este trabajo escribió nuestro adolescente la letra “O” y González Manrique la letra “L”. A los 23 años tenía ya terminadas dos obras de gran aliento: las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* y la *Gramática Latina*, esta última escrita en colaboración con Miguel Antonio Caro, “obra magistral y la mejor de su género en nuestro idioma”, como dice un informe de la Academia Española, redactado por Menéndez y Pelayo.

Dos años después, el mismo en que murió su madre María Francisca Urisarri, se publicaba la segunda edición de su *Gramática Latina*. En cambio, las *Apuntaciones* no pudieron editarse sino en 1872. Al año siguiente vio la luz pública el primer tomo del *Anuario de la Academia Colombiana*, que haría honor a cualquiera nación culta, y en él salieron varios estudios filológicos de Cuervo en los que se veía ya la garra del león.

Poco después pudieron disfrutar los eruditos de las notas a la *Gramática* de Bello, gramática tan ampliada y mejorada en ediciones sucesivas, que bien pudo decir el ilustre profesor de La Habana, Juan M. Dihigo: "Son tantos los beneficios proporcionados por Cuervo a la magnífica obra de Bello, que en más de una ocasión se ha dicho que Bello, a fuerza de mejoramiento, ha acabado por ser más Cuervo que Bello".

En 1875 recibió el nombramiento de Correspondiente de la Real Academia Española. Ya se daban cuenta en España de que había aparecido en el cielo de la raza un astro de primera magnitud.

Superando las fatigas de la cervecería y sin perjuicio de las disquisiciones eruditas, hallaba tiempo para dedicarse a la labor docente. "Enseñó largos años en escuelas y colegios. Muchos, dice Rafael María Carrasquilla, no se sentaron en los bancos de aquellas aulas, y sin embargo todos los colombianos nos gloriamos de ser discípulos suyos. Fue no sólo maestro sino legislador del idioma colombiano".

En 1878 hizo con Angel un breve viaje a Europa y visitaron la Exposición Universal de París, y poco después vendieron por fin la fábrica de cerveza, asegurándose así una modesta renta, y se trasladaron del todo a la capital de Francia, cerebro del mundo.

He aquí uno de esos casos que no se repiten sino de siglo en siglo y que por lo mismo ganan la admiración de los pueblos.

Preguntad a ese joven culto, de alta posición social o de humilde extracción campesina, emprendedor y activo, qué busca con el trabajo agobiador en que ocupa los días y en qué piensa en las silenciosas vigiliass de la noche. Trata de labrar su porvenir; quiere asegurarse una posición independiente que le permita fundar su hogar y vivir en el desempeño de su profesión una vida tal vez no espléndida pero sí tranquila y desahogada; anhela, si es posible, reunir un capital sólido que le deje disfrutar de las comodidades de la vida, viajar, influir en la marcha de la sociedad, asegurar la educación y el porvenir de sus hijos. Y todo ese señuelo de

felicidad doméstica y de prestigio social sostiene al joven en las horas difíciles y le da vigor para continuar la lucha.

Se interpone de vez en cuando un ideal religioso en este risueño panorama, y el joven lo deja todo para continuar en más altas esferas y con más nobles fines su actividad creadora.

Pero el caso de Cuervo es más complejo. Alma esencialmente religiosa, oye en su interior la voz de Dios que lo llama no a la vida del apostolado sino al apostolado de la ciencia. Buscar la verdad, penetrar en los secretos de la formación y desarrollo de las lenguas, conocer hasta en sus más ínfimos detalles el complicadísimo organismo de una lengua viva o muerta, comparar el lenguaje culto con el lenguaje popular, hacer la historia gramatical de cada palabra y mostrar por medio de qué partículas se une a las otras partes de la oración para formar cláusulas castizas, señalar las causas que producen desviaciones en el uso de giros y vocablos, mostrar la lengua imperial de Castilla en toda su pureza, hacerla amar de los veinte pueblos que la recibieron como herencia gloriosa y evitar, si fuera posible, que se fragmente en muchedumbre de dialectos, antes buscar la manera de que con la unidad de lengua conservemos los pueblos hermanos y la madre patria una unidad superior de ideales y de afectos, de relaciones comerciales y literarias, unidad, en fin, de raza y de familia que nos haga grandes y respetables en el concierto de los pueblos, esa fue la vocación que en su interior sintió esta alma escogida y a ella se entregó con absoluta decisión movido por el amor a su patria, a su lengua y a su raza.

Veintinueve años pasó Cuervo en París, en la ciudad de las grandes diversiones, una vida de benedictino, una vida concentrada en la investigación de los secretos del lenguaje y alejada por completo de los atractivos de la bulliciosa ciudad. Apenas alternaba sus serias lucubraciones con las atenciones que a sus amigos prestaba. Fue en la amistad delicadísimo y cumplidísimo en la correspondencia epistolar. Como si no tuviera ocupación ninguna, atendía a los paisanos que le visitaban en su apartamento de la *rue de Meissonier* o de la

rue de Siam, y con no menos diligencia recibía a los sabios extranjeros de todas las naciones cultas que anhelaban conocerlo.

“Era el señor Cuervo, dice uno de los que más de cerca ha seguido sus pasos, nuestro secretario perpetuo Antonio Gómez Restrepo, era el señor Cuervo en la época en que lo traté en París, un hombre no viejo, sino envejecido por la meditación y el trabajo intelectual. De mediana estatura, de complexión endeble, algo cargado de espaldas quizá por la costumbre de llevar inclinada la cabeza pensadora, de tez pálida, de barba negra, cruzada por algunos hilos blancos, de ojos expresivos, aunque amortiguados por las vigiliass, de frente despejada, a la cual daba mayor amplitud la calva prematura que permitía apreciar la vasta bóveda del cráneo. No tenía las líneas correctas ni el gallardo continente de sus hermanos; pero su rostro, de facciones algo irregulares, se animaba con un aire de benevolencia, con un destello de gracia, que le daban singular atractivo. Su voz, que era de poco volumen, cambiaba repentinamente de diapasón, cuando don Rufino quería acentuar alguna observación irónica, algún gracejo de tradicional sabor bogotano. Aunque modesto en su vida, guardaba en su casa y en su vestido un completo decoro, de acuerdo con su posición social. Cuando recibía un huésped, lo atendía con exquisita dignidad. La sabiduría no le sirvió de pretexto para autorizar descuidos o rarezas del hombre de sociedad. Fue en vida y en muerte un perfecto caballero”.

Hasta aquí el ilustre secretario de nuestra Academia.

Colaboró Cuervo asiduamente en las revistas filológicas *Romania*, *Revue Hispanique* y *Bulletin Hispanique*. Hizo en París dos nuevas ediciones de las *Apuntaciones* y le cogió la muerte en 1911 cuando corregía las pruebas de la sexta edición de su obra más famosa. Esta última edición se parece a la primera como el añoso roble a la pequeña planta recién brotada de la tierra. En cada edición sucesiva iba Cuervo retocando y trasformando su obra, y así sus méritos de lingüista iban por delante de su fama. Siempre superándose a sí mismo, nos dio un ejemplo admirable de no dormir sobre los laureles adquiridos, sino buscar cada día nuevos avances y nuevas perfecciones.

Después de la cuarta edición de las *Apuntaciones*, hecha en Chartres, quiso cambiar del todo el plan y hasta el título sustituyéndolo por el de *Castellano popular y Castellano literario*. Tenía ya esta obra terminada según testimonio del profesor de Chile, Lenz, quien habiéndola conocido confidencialmente, escribía: "Cambiará de un día a otro el aspecto de la filología hispanoamericana y será para los romanistas europeos la revelación de un nuevo mundo científico". Pero instancias de sus amigos y el cariño que tenía a su obra primogénita le hicieron cambiar de plan, y así después de veintidós años preparó la quinta edición de las *Apuntaciones*, incorporando en ella gran parte del material que tenía recogido para la nueva obra *Castellano popular y Castellano literario*. De esta quedaron varios capítulos, inéditos, que no entraban en el plan de las *Apuntaciones*. Ellos y otros trabajos desconocidos, o tan modificados que pueden considerarse como nuevos, acaban de ver la luz pública con ocasión de este centenario, y gracias al entusiasmo comprensivo del director de extensión cultural y bellas artes del ministerio de educación nacional.

* * *

Pero hablemos ya de la obra maestra del maestro: su *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*.

En un cuaderno alargado que tiene por título *The daily Journal for 1859*, con 365 páginas correspondientes a los días del año, y que por consiguiente no había pensado servir sino para domésticos o mercantiles menesteres, pero que hoy nuestra patria debe conservar como una de sus más preciosas reliquias literarias, empezó Cuervo los borradores de su gran *Diccionario*. En la primera página escribió con esmero:

"Aeternae Sapientiae lumine implorato, Petro et Paulo Apostolis auspiciis, opus hoc coepi: si, Deo volente, feliciter absolvam, 'non nobis, non nobis sed nomini tuo da gloriam'.

Bogotae III Kal. Jul. MDCCCLXXII.

R. J. C."

Lo que quiere decir:

“Implorando la luz de la sabiduría eterna, y bajo los auspicios de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, comienzo esta obra. Si con la voluntad de Dios la llevare a feliz término, no sea para mí la gloria, Señor, no sea para mí, sino para tu nombre.

Bogotá, 29 de junio de 1872.

RUFINO JOSE CUERVO”.

Cuando llegó a París diez años después llevaba todo un baúl de papeletas para los primeros tomos de su obra. Hizo imprimir una muestra de lo que había de ser el *Diccionario* y la envió a los hispanistas de fama. Todos ellos recibieron este preludeo con un coro de alabanzas, y entonces, a los cuatro años, en 1886, presentó Cuervo a la admiración del mundo erudito el primer tomo de su obra que abarca las letras “A” y “B”. Unánime fue el elogio y aun el pasmo de los sabios. Cuervo sintió el estímulo y, en siete años de trabajo constante, preparó el segundo tomo, no inferior al primero, y lo publicó en 1893.

Diez y ocho años pasaron hasta su muerte y Cuervo no volvió a escribir ni un pliego más, a pesar de que tenía leídos y anotados todos los clásicos, y escritos los ejemplos para continuar el *Diccionario* hasta la letra “L”.

¿Qué había sucedido? Cincuenta años tenía el maestro al publicar el segundo tomo de su obra. La vida de intenso trabajo mental, el continuo encerramiento, la concentración constante habían minado su salud; su vista se había debilitado notablemente; su energía juvenil había pasado. La exactitud científica en que era siempre riguroso fue degenerando en escrupulosidad y le hizo perder la audacia que también es necesaria para realizar obras de vasto alcance. Una obra tan nueva, tan acomodada a la técnica de la filología y tan completa y perfecta en su género no podía ser apreciada en todo su valor sino por un pequeño número de especialistas. El gran público, sobre todo en España, o no la advirtió o la vio con indiferencia. No faltaron tampoco hombres que pasaban por en-

tendidos, en realidad más envidiosos que entendidos, y que con mala fe y con palmaria injusticia atacaron al sabio, tratando de rebajar sus méritos. Esta frialdad, esta injusticia, lo dejaron profundamente herido. Creyó también notar que la casa editora había puesto un papel inferior en los últimos pliegos del segundo tomo y sintió vivamente este que él juzgaba desaire, informalidad e incumplimiento. Si hubiera tenido cerca a su hermano Angel, que era mucho más práctico y mucho más resuelto y había consagrado su vida a cuidar, ayudar y animar a nuestro sabio, tal vez hubiera podido este reaccionar de la pasajera depresión y emprender de nuevo la tarea con renovados bríos; pero Angel murió en 1806, dejando al erudito investigador en la mayor desolación y soledad.

Por otra parte se persuadió cada vez más de que las únicas ediciones entonces disponibles para su trabajo eran todas deficientes. Especialmente la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneira, de donde estaban sacados casi todos sus ejemplos, era, por lo que hace a la exactitud crítica, de muy poca confianza. Tomos enteros de la célebre colección matritense están desfigurados por los editores. En estas circunstancias no se sintió con fuerzas para volver a empezar su trabajo, ni se sintió con valor para publicar lo que él juzgaba incompleto e inexacto. Guardó, pues, sus papeletas y echó al olvido su sueño dorado.

Que estas no son suposiciones más lo veréis en parte por los testimonios de García Calderón y de Menéndez Pidal.

El primero visitó a Cuervo poco después de la muerte de su hermano Angel y nos cuenta lo siguiente:

“Pregunté a don Rufino, después de tratar de estas cosas, sobre su obra futura. Tengo escrúpulos de vieja, me contestó. Es algo morbosos que me impide escribir. He reunido muchos materiales, pero encuentro siempre que algo falta a las afirmaciones más sólidas para ser científicas; que el saber, cuanto más intenso, es también más tímido y lento. Para escribir una nota empleo dos meses. Así el *Diccionario* quedará inconcluso. Mi hermano Angel me ayudaba. Hoy, solo, viejo y enfermo, no pienso en obra alguna de aliento. Además, hay un punto

esencial a mi obra futura que yo no podré realizar. He confiado como todos en la Biblioteca de autores españoles de Rivadeneira, en la erudición de hombres como Durán, como Hartzenbusch. Pues bien, cuando he conseguido textos originales he podido ver que esa edición no es siempre auténtica, que ha habido descuidos de composición, erratas, etc. ¿Cómo fundar en ella un estudio del idioma? Sería preciso estudiar todos los textos primitivos, y esa no es tarea de anciano. En la misma edición de Lope de Vega, de Menéndez Pelayo, hay descuidos de forma”.

Cuando entre los años de 1901 y 1902 se reunió en México la Conferencia Panamericana, corrió entre los delegados la noticia de que Cuervo tenía ya terminado el *Diccionario* pero carecía de recursos para imprimirlo. Hubo entonces en aquella reunión de hombres ilustres un movimiento general de orgullo de raza, de solidaridad continental, y por iniciativa del general Rafael Reyes, delegado de Colombia, y de los delegados mexicanos, la Conferencia aprobó una proposición en la que se pedía a los gobiernos allí representados, que con un esfuerzo común se publicara para bien de todos la magna obra del sabio colombiano. Se calculó que la edición de los tomos que faltaban costaría 210.000 francos y se repartieron las naciones presentes en dos grupos: Argentina, Colombia, Chile, Estados Unidos y México contribuirían cada una con 22.000 francos. Bolivia, Costa Rica, la República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Uruguay con 10.000 francos cada una. Se encargaría el Gobierno mexicano de la realización de este pensamiento suministrando los fondos al autor, recabando el importe de las suscripciones y distribuyendo los ejemplares entre los gobiernos contribuyentes.

Ya en 1892 el congreso de Colombia había dado una ley en la que se ordenaba que de cada volumen publicado o que se publicara del *Diccionario* de Cuervo, el gobierno compraría ejemplares por la suma de seis mil pesos.

Fray Pedro Fabo, el erudito biógrafo de nuestro sabio y cariñoso compilador de cuanto cede en su gloria y alabanza,

afirma también que “aunque no ha sido encontrada la comunicación escrita, es muy placentero hacer constar como cierto que el señor presidente de la república mexicana, Porfirio Díaz, ofreció galantemente la imprenta nacional y todo el apoyo de su gobierno a don Rufino José Cuervo para que se trasladara a México a realizar allí por cuenta del erario público la impresión del *Diccionario*”.

Conste, pues, que las repúblicas de América, y especialmente México y Colombia, se dieron cuenta cabal de la importancia que tenía la gran empresa de nuestro filólogo y estuvieron listas a sufragar los gastos que su publicación exigiera.

Y ahora cedamos la palabra al maestro de la filología española, Menéndez Pidal, quien en carta de 15 de agosto de 1912, dice al citado Padre Fray Pedro Fabo:

“Mi señor y amigo: Es para mí gran contrariedad que aquí en el campo, apartado de todos mis libros y papeles, no pueda escribir para usted unas cuartillas acerca del inolvidable Cuervo o de alguna de sus obras, pues era grande el afecto que profesaba al sabio difunto, desde la primera vez que le vi. Este afecto bien sabe usted que se imponía: Cuervo, sabio en alto grado y bueno en mayor grado aún, despertaba una simpatía general.

“Sus cualidades morales avaloraban las intelectuales. La sinceridad y el perfecto desapasionamiento que ponía siempre en su pensar, daban a éste singular firmeza; y aun en polémica un tanto agría, como la que sostuvo con don Juan Valera, guardó siempre una serenidad magistral admirable.

“Recuerdo haber oído a Gaston Paris quejarse de que la extrema modestia de Cuervo acarreaba pequeñas dificultades en su trato, si bien éstas añadiesen simpatía y veneración hacia el ilustre colombiano. De esa modestia provenían las dos inexactitudes manifiestas que Cuervo cometía a veces en sus apreciaciones: de un lado su benevolencia frecuentemente excesiva al juzgar las obras de los demás, y de otra parte el severo desapego con que hablaba de los trabajos propios...

“Cuervo nunca aspiró a una ostentosa extensión de su campo de estudio, y así logró en el dominio elegido esa profun-

didad y sencillez magistrales a que muy pocos llegan. En él tenemos que aprender cuantos vivimos en un país donde el cultivo de la ciencia no tiene actividad bastante y donde el método no ha llegado a la perfección. De un lado la abundancia de materia de estudio inculta, y de otro la falta de organización en el trabajo y en la crítica del mismo, solicitan demasiado variada y fácilmente la atención del erudito, llegando a resabiarle en la producción de obras inmaduras sobre las más diversas materias que pueda imaginarse.

“En Cuervo todo lo contrario: su austero amor a la exactitud científica le hizo excesivamente riguroso en abandonar el *Diccionario de construcción y régimen* una vez comenzado; hecho realmente chocante en la vida del laborioso sabio y que no puede explicarse ni por cansancio ni por disgusto. Vio que el precioso material, reunido a costa de grande esfuerzo, estaba acopiado sobre ediciones que no satisfacían las exigencias de la filología, y renunció a la grande empresa, inaugurada con dos volúmenes que desde el momento de su publicación fueron mirados por cuantos tratan de la lengua española como instrumento de trabajo absolutamente necesario, y por cuya continuación muchos se interesaron con eficacia. Cuervo, al sacrificar despiadadamente su obra, ya famosa, daba notable testimonio de su austeridad científica y de su absoluta falta de ambiciosos planes.

“Lástima que toda austeridad tenga algo de inflexible y dañoso; la de Cuervo nos ha dejado su *Diccionario* reducido a un admirable pero mutilado torso, que una vez concluído hubiera sido grandioso monumento, a pesar del defecto que tanto disgustó al autor...”

Oigamos, junto a esta carta, y para acabar de apreciar el alto mérito de este gran colombiano, otra de Marcelino Menéndez Pelayo:

“Madrid, 20 de marzo de 1886.

Señor don Rufino J. Cuervo.—Mi respetado amigo y señor: Precioso regalo de año nuevo me hizo usted con la nueva edición de su áureo libro *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Conocía yo, aunque no poseía, esta obra

en sus primeras ediciones, pero la presente viene tan enriquecida y mejorada, que casi puede estimarse como un libro nuevo. Me asombra en éste, como en los demás trabajos filológicos de usted, la enorme y bien dirigida lectura que en ellos se manifiesta, el tino seguro y casi infalible con que procede en las cuestiones dudosas, la sagacidad con que trae a su propósito las más diversas autoridades, y la lucidez con que las interpreta. Pero lo que admiro más es el método y el rigor científico, que si en toda obra humana son dignos de aprecio, mucho más deben serlo en esta materia de la filología, donde el método lo es todo y sin él se cae irremisiblemente en lo arbitrario, fantástico y caprichoso, de lo que tenemos en España innumerables ejemplos.

“Esta obra que para usted no ha sido más que un pasatiempo, y que es sin duda un recreo sabrosísimo para todos los amantes de las bellezas de nuestra habla (puesto que usted no escribe solamente para los bogotanos ni para los colombianos en general, ni para los americanos, sino que usted instruye y adoctrina a todos los que hablamos y escribimos el castellano en ambos mundos), acaba de darme idea de lo que será ese monumental Diccionario que usted prepara, y cuyas primicias han llenado de admiración a los pocos que entre nosotros tienen autoridad en estas materias. Dios dé a usted vida, salud y alientos para llevar a cumplido remate y perfección ese *opus magnum*, como de todo corazón lo desea su afectísimo y admirador q. b. s. m.

MENENDEZ PELAYO”.

* * *

Estos dos testimonios bastarían para respaldar el prestigio de Cuervo, pero no estará por demás recordar de corrida algunos otros.

Las primeras autoridades de la filología en el mundo reconocieron unánimemente el mérito excepcional de nuestro compatriota. “Príncipe de los filólogos españoles” lo llamó Ascoli. Pott recibió con un vibrante aplauso el fruto primero de la ciencia de Cuervo, y atrajo hacia él la atención de los sabios europeos. Con Teza en Italia y con Schuchardt en Ale-

mania sostuvo erudita correspondencia de igual a igual. Boris de Tannenbergh fue en París uno de sus más íntimos amigos, y escribió sus recuerdos en sentidas páginas llenas de admiración y de cariño.

“Lumbrera de la filología no sólo en América sino en Europa”, lo proclamó Miguel Antonio Caro; “y lo decimos —añade— a boca llena, con profunda convicción, no sólo sin pesar por lo que a nuestra pequeñez toca, sino con legítimo orgullo, porque esta estrella viva que sobrevive a los meteoros y a las luciérnagas es nuestro amigo, es nuestro compatriota, y esa gloria científica es gloria de Colombia”.

“Rufino José Cuervo, dice otro de los más capaces para comprenderlo, Marco Fidel Suárez, fue un hombre íntegro y cabal, un sabio y a la vez un ejemplar de virtudes, una estatua modelada por la bondad y el saber en el mármol de la fama; y personificando del modo más exacto y más feliz las buenas cualidades que más distinguen nuestro genio nacional, destelló en el centro de la civilización universal, luz para las letras y la ciencia y honra para su patria”.

Jaime Fitzmaurice Kelly, le escribe: “A usted debo lo poco que se me alcanza de las letras castellanas...”.

Foulché-Delbosc le asegura que él, Cuervo, es el llamado a hacer el vocabulario tan deseado de voces castellanas anteriores al siglo xv, y añade: “Me pongo a su completa disposición para hacer cualquier trabajo relativo a aquel futuro vocabulario que sólo usted puede llevar a bien”.

Morel Fatio, al ver la muestra del *Diccionario*, lo califica de “obra verdaderamente maestra y acabada”.

Gaston Paris le habla de su amabilidad, tan inagotable como su ciencia, y a propósito de un artículo publicado por Cuervo en el *Bulletin Hispanique*, le escribe: “Su artículo es admirable; arroja una luz enteramente nueva sobre la historia de la evolución del latín que ha producido las lenguas romances”.

El P. Miguel Mir, al tener ya en mano el tomo 1 del *Diccionario*, exclama: “¿Qué palabras pueden ser bastantes

a expresar la admiración que me causó la vista de su grandioso trabajo? Es éste un monumento de tal índole, que al contemplarle enmudece la lengua y se suspende la inteligencia. Declaro ingenuamente: yo no sé cómo se las ha arreglado usted para hacer lo que ha hecho. Conozco lo que pueden la afición y el entusiasmo, veo lo que da de sí el tiempo, pero jamás había imaginado que el entusiasmo y el tiempo y la paciencia y todas las demás cualidades que resplandecen en su diccionario fuesen capaces de llevar a efecto la obra por usted emprendida. Pero ahí está, ahí la vemos y la tocamos, y no hay sino rendirse a la evidencia”.

Rafael Angel de la Peña, mexicano, le escribe: “El *Diccionario de construcción y régimen* que ha comenzado usted a escribir, bastaría para formar la reputación de toda una Academia de Sabios”.

Francisco Pi y Margall: “Estoy verdaderamente admirado de la obra de usted [el *Diccionario*], única en su género”.

Don Juan Valera, con quien en alguna ocasión tuvo una áspera polémica, escribió en sus *Cartas americanas*: “Imposible me parece que... le sobrasen a Cuervo tiempo y medios para leer, conocer a fondo y poder citar todo libro escrito en castellano desde la formación del lenguaje hasta ahora”.

Manuel Tamayo y Baus: “Cuantos conocemos la primera entrega de la obra tenemos hambre y sed de conocer el primer tomo, que será estudiado y consultado a más y mejor en nuestra Academia Española. Si algo hallásemos que reparar en él no dejaría yo de manifestárselo a usted cumpliendo su modesto encargo; pero temo mucho no poder darle esta prueba de confianza, porque trabajo como el de usted, fruto de su gran entendimiento y de su gran carácter, no tendrá vulnerable ni siquiera un talón”.

Y el alemán Tobler: “A cada instante recurro a este *Diccionario* sin par, y sé de antemano que nunca lo haré sin experimentar de nuevo la satisfacción que nos causa un instrumento de trabajo que siempre presta los servicios que se necesitan, un libro bien concebido y admirablemente ejecuta-

do... Ojalá termine usted pronto una obra que será orgullo de los españoles de ambos mundos y uno de los más bellos monumentos de la erudición de nuestro siglo”.

De acuerdo con tan autorizadas alabanzas están las distinciones que recibió de las sociedades sabias de todas partes del mundo.

Fue de los fundadores de la Academia Colombiana (1871), correspondiente de la Real Academia Española (1875), socio honorario de la Academia Mexicana (1878), honorario de la Facultad de Filología y Humanidades de la Universidad de Chile (1881), correspondiente de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de San Salvador (1893), honorario de la Real Academia de Ciencias, Letras y Artes de Padua (1894), Caballero de la Legión de Honor (1896), condecorado con el Busto del Libertador por Venezuela, socio de la Hispanic Society of America y Honorario de la Academia Nacional de Historia (1908), asociado a la Universidad del Perú y finalmente doctor *honoris causa* de la Universidad de Berlín (1910).

Merecen citarse y considerarse las palabras que usa la afamada Universidad para conceder a Cuervo ese alto honor:

“Gustavo Roethe, Decano del Colegio de Filósofos, con ocasión de las solemnes fiestas del primer centenario de la fundación de esta Universidad confiere *honoris causa* las distinciones y honores de doctor en Filosofía y de Maestro en artes liberales a Rufino José Cuervo, esclarecidísimo y doctísimo varón, bogotano y ahora parisiense, campeón incomparable de la filología española, el cual habiendo mostrado en su adolescencia a los ciudadanos de Colombia la limpia luz del habla castellana, logró, con el trabajo indeficiente de su vida felicísima, llegar a ser tenido por el guía y abanderado de todos sin excepción cuantos se consagran a estudiar la ínclita lengua de Lope, de Calderón y de Cervantes. Y lo confirma con este público diploma, autenticado con el sello del Colegio de Filósofos, a 12 de octubre de 1910”.

* * *

Había llegado Cuervo, después de una vida de trabajo silencioso, a la cumbre de la fama y de la gloria, pero nunca le envanecieron los honores y las alabanzas. Grande fue por su sabiduría, y mucho más por virtud. Hombre de arraigadas convicciones religiosas y de purísimas costumbres, sentía la vocación para la investigación científica y la seguía con ardor; veía que su labor era de gran provecho para afirmar la unidad de los pueblos hispano-americanos y asegurarles el cumplimiento de su misión providencial, y a esta alta empresa se entregó con toda el alma. Olvidado de sí, tenía la mira puesta en el ideal; mirando con desdén los bienes de esta vida, aspiraba a aquel otro reino que al siervo bueno y fiel promete el Evangelio.

Sacrificó los dulces goces del hogar para realizar mejor su misión de sabio y de investigador: “Ambos —escribía aludiendo a su hermano Angel— veíamos que en nosotros se extinguiría la familia que tuvo por timbre llevar el mismo apellido que nuestro padre; y aunque el pensamiento de la muerte causa algún estremecimiento hasta a los más serenos, y el fin de las cosas trae siempre consigo un no sé qué de amargura, sentimos íntima satisfacción de haber podido fiar esta memoria venerada a un hijo del entendimiento que acaso dure lo que la verdad, pues por el amor de la verdad fue engendrado”.

En París, moderna Babilonia, llevaba una vida digna de los solitarios del desierto: “Oye misa todos los días —escribía Miguel Antonio Caro—, ejercita las mismas piadosas prácticas que en Bogotá, como cristiano el más observante, y adelanta sus grandes obras científicas, según expresión confidencial suya, a modo de viajero que se entretiene en cualquier cosa mientras suena el pito que anuncia la marcha del tren a su destino”.

En una *Imitación de Cristo*, muy manoseada, escribió de su puño y letra el mismo año en que se trasladó definitivamente a París este método de vida:

“Ofrecer el día de rodillas.

“Meditación antes de misa.

“Oír ésta con toda devoción.

“Hacer jaculatorias las más veces posibles.

“Desconfiar absolutamente de mí y recordar los motivos que tengo para humillarme.

“In te, Domine, speravi non confundar in aeternum”.

Esperó en Dios; trabajó como buen operario en la viña de la ciencia. Los amantes de la sabiduría lo aclaman como una gloria de la humanidad; la fidelidad de Dios habrá colmado sus cristianas esperanzas.

“Un aspecto interesante de la personalidad de este hombre de ciencia —escribe la Condesa de Pardo Bazán— era su religiosidad, casi su misticismo, en lo cual se revelaba bien su origen español, el espíritu de su raza que, cuando hizo cosas grandes, las hizo impulsada por la fuerza de la fe. Cuervo oía misa todos los días; se confesaba a menudo; llevaba ceñido el cordón de los terciarios franciscanos; se empleaba en obras de caridad, y hasta se quitaba en la calle prendas de ropa para vestir a los pobres. Cuando ya se sintió gravemente enfermo y no pudo ir a la iglesia pidió el Viático, y él mismo preparó el altar adornándolo con vasos de flores y candelabros de plata; hecho lo cual, sacó el frac, que no se ponía hace tiempo, se vistió de rigurosa etiqueta, y esperó a su Dios”.

El 17 de julio de 1911 murió plácidamente en medio de sus libros. Sus exequias se celebraron en la iglesia de San Francisco Javier. Agradecido discípulo de los jesuitas, había de hallar su última posada en una iglesia de la Compañía de Jesús. Legó sus bienes al Hospital de San Juan de Dios de esta su ciudad natal; su gloria la recoge y tiene por suya la patria colombiana a la que amó con afecto, tanto más puro cuanto menos interesado, y cuanto menos ruidoso tanto más fecundo.

Justo es, pues, el cordial homenaje que hoy le dedican su Academia de la Lengua, su ciudad natal, su patria agradecida, su América entusiasta, y su raza hispana orgullosa con hijo tan preclaro. Ya que entre el fragor de las batallas que llena el viejo continente no se escucha la trompa memoriosa de la fama que anuncia el centenario del gran sabio, doctor en Berlín *honoris causa* y en París Caballero de la Legión de

Honor; ya que las Academias y las Universidades europeas no pueden levantar su voz pacífica en medio del rugir de los cañones y del estruendo de los bombarderos para saludar entre los inmortales al modesto sabio de la altiplanicie bogotana, dupliquemos nosotros nuestro entusiasmo y nuestra admiración y dejemos que de uno a otro confín de Colombia, de uno a otro extremo de la América española, se extienda un sentimiento de honda reverencia ante la figura de Rufino José Cuervo, y estallen un aplauso y una aclamación unánime, para hacer sentir al mundo que América tiene también sus héroes y sabe también premiar el mérito de una vida dedicada por entero a la virtud, a la ciencia, a la amistad y al patriotismo.

FELIX RESTREPO, S. J.